

Dando tan terrible golpe,  
Que hasta la cruz la pasa,  
Y con un clavo que halló  
Unas letras señalaba,  
Que como se iba a morir  
Decían y declaraban:  
También la causa y por qué  
En él escrito dejaba.  
E yéndose a un grande roble  
Un fuerte tronco desgaja  
Y con él se va a buscar  
Aquella fiera animalia,  
Y a cabo de poco rato  
La vido que estaba echada  
Durmiendo en el duro suelo,  
De catadura tan brava,  
Que pensó que en el infierno  
No hubiera vision mas brava.  
Y encomendándose a Dios,  
Muy junto a él se acercaba.  
El cual como oyó el ruido  
Presuroso se levanta,  
Y como vido al Febo,  
Con una furia endiablada  
Arremete para él;  
Mas el príncipe le aguarda  
Con su fudoso baston,  
Y en él un golpe descarga,  
Tal, que su dura cabeza  
Agramente le maltrata,  
Porque la boca y narices  
Mucha sangre derramaba,  
Y con el dolor que siente  
Terribles bramidos daba.  
Vuelve con ansiosa furia,  
Y al príncipe le acertaba  
Con su mano un tan gran golpe,  
Que muy mal lo maltrataba,  
Porque sus agudas uñas  
En su cuerpo le apretaba.  
Vuelve el príncipe furioso,  
Acrecentando su saña,  
Y encima de la cabeza  
Tan gran golpe le asentaba,  
Que los cascos y cabeza  
Todos los desmenuzara,  
Y los sesos esparcidos  
Por los hombros le saltaban.  
Y ansina dejó allí muerta  
Aquella bestia endiablada,  
Y dando gracias a Dios  
En el suelo se sentaba  
Para poder descansar  
Del dolor que le aquejaba,  
Y se quedó allí haciendo  
Vida muy desesperada,  
Comiendo de algunas frutas  
Y de yerbas que allí hallaba,  
Denegrido ya del sol,  
Que gran compasión causaba  
A cualquiera que lo viera,  
Segun que mudado estaba:  
Y tan flaco y amarillo,  
Que su muerte se acercaba,  
Y con el cabello largo  
Que á salvaje semejava.  
Quéjase de su querida,  
Que tan gran crueldad usara;  
Y también de sí, que fué  
De su mal la mayor causa.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

349.

EL CABALLERO DEL FEBO. — XII.

(De Lucas Rodriguez.)

Aquel alto emperador  
Que tenia á su mandar

La mayor parte del mundo,  
Poderoso por la mar:  
Aquella ilustre raiz  
De do pudo dimanar  
La princesa Lindabrides,  
En hermosura sin par,  
Y padre también que fué  
Del príncipe Meridian,  
De la burla que le hizo Febo  
Tanto esfuerzo fué a tomar,  
Que con cólera encendida  
Envió a desafiar  
Al emperador su padre,  
Enviándole a avisar  
Que se aperciba de gente,  
Y que procure juntar  
A todos sus valedores,  
Porque él quiere allá pasar  
Para dale cruda guerra,  
Y d'ella no se apartar  
Hasta que abraze su tierra  
Y toda la cristiandad,  
Porque con tan grande alevé  
El Febo le fué a burlar,  
Menospreciando su hija  
Que con él quería casar.  
El emperador Trebacio  
Mandó luego pregonar  
La guerra por todo el reino  
Y también envió a llamar  
A sus parientes y amigos  
Que le vengan a ayudar.  
La princesa Claridiana,  
Como supo la verdad,  
Que su Febo tan querido  
Su fe no fuera a faltar,  
Pues tan gran copia de gente  
Contra él manda juntar  
Su padre de Lindabrides  
Para su maldad vengar.  
Por una parte está alegre  
Viendo cómo fué a engañar  
Aquella mora enemiga,  
Que la hacía penosa andar,  
Y por otra está muy triste  
Porque así fué a desterrar  
A su muy querido amante.  
Sin alguna culpa hallar:  
Y con la pena que siente  
Se comienza apriesa a armar,  
Y subiendo en su caballo  
Va su príncipe a buscar  
Con su doncella Periana  
Que la fuera a acompañar.  
Iba dando mil suspiros  
Que era para apiadar  
A cualquiera que la viera,  
Segun hacía de llorar:  
Y al cabo de cuatro dias  
Al puerto fuera a llegar  
Donde vió que un grande barco  
Acababa de parar.  
Vió que d'el un caballero  
En tierra quería saltar,  
Que era aquel que al grande Febo  
Quiso tanto gusto dar  
De decir, que tierra fuese  
En la que'l fuera habitar.  
Al cual con muy grandes ruegos  
Le empieza de suplicar  
Le diga si acaso ha visto  
Algun caballero andar  
Por la mar, con unas armas  
De un pescado de estimar:  
A la cual el caballero  
Le responde sin tardar:  
Qu'el vió a ese que pregunta  
En una insula entrar  
Llamada deshabitada,

Porque no se puede hallar  
Hombre ni edificio en pié,  
Que todo lo fué a asolar  
Un endemoniado Fauno  
De braveza singular,  
Y que dentro fué a vivir  
Y su vida allí a acabar.  
Como Claridiana oyese  
Nuevas de tanto pesar,  
Le pide que le dé el barco  
Para podelle buscar,  
Porque el alma de su amigo  
Se pudiese remediar.  
El otro, que es comedido,  
El barco le fué a dejar,  
Y despidiéndose d'ella,  
Con presteza desigual  
El gran barco fué movido  
Por el recio gobernar  
De los diestros marineros  
Sin un momento parar,  
Tanto, que a los quince dias  
Pudo muy bien divisar  
La isla deshabitada,  
Y en ella tierra tomar.  
Y como en tierra saltó,  
Sin el yelmo se quitar,  
Al caballo Cornerino  
Viera por allí andar,  
Y la silla polvorosa  
En el suelo vido estar;  
Y viendo esotro caballo  
Empezó de relinchar,  
Porque mas había de un año  
Que otro no pudo topar.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

350.

EL CABALLERO DEL FEBO. — XIII.

(De Lucas Rodriguez.)

Ya sospira la princesa  
Ya empieza de sollozar

Eutendiendo que era muerto  
El Febo que va a buscar.  
Prosiguiendo su camino  
Un bulto vió levantar:  
Parecióle que era fiera  
O algun feroz animal.  
Y aunque llega junto al Febo  
Nunca le quiere hablar  
Ni decirle cosa alguna  
Hasta saber de verdad  
Si es su príncipe querido  
Con quien se piensa casar.  
Háblale con gran tristeza  
Empezando a preguntar  
Si ha visto algun caballero  
En aquella insula estar:  
Y como él la conoció,  
Sin un momento parar  
La abrazaba fuertemente  
Con un recio lamentar.  
Ella le conoce luego  
Y empieza de gritos dar:  
El sospira, y ella gime  
Que era cosa de notar,  
Que casi por media hora  
No se pudieron hablar:  
Y en habiendo descansado  
De tan terrible penar,  
Le cuentan lo que ha pasado  
Por la tierra y por la mar.  
Caminan para su tierra  
A las bodas celebrar,  
Donde con gran regocijo  
Y alegría singular  
Se celebró el desposorio  
Con grande solemnidad.  
Todos dan gracias a Dios  
Porque les dejó llegar  
A tener tanto contento  
Sobre tan duro penar.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

## SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS DE LAS CRÓNICAS BRETONAS.

351.

LANZAROTE DEL LAGO. — I.

(Anónimo.)

Tres hijuelos había el Rey,  
Tres hijuelos, que no mas;  
Por enojo que hubo de ellos  
Todos malditos los ha.  
El uno se tornó ciervo,  
El otro se tornó can,  
El otro que se hizo moro,  
Pasó las aguas del mar.  
Andábase Lanzarote  
Entre las damas holgando,  
Grandes voces dió la una:  
— Caballero, estad parado:  
Si fuese la mi ventura,  
Cumplido fuese mi hado  
Que yo casase con vos,  
Y vos conmigo de grado,  
Y me diésedes en arras  
Aquel ciervo del pié blanco.  
— Dároslo he yo, mi señora,  
De corazon y de grado,  
Si supiese yo las tierras

Donde el ciervo era criado. —  
Ya cabalga Lanzarote,  
Ya cabalga y va su via,  
Delante de sí llevaba  
Los sabuesos por la trailla.  
Llegado había a una ermita,  
Donde un ermitaño había:  
— Dios te salve, el hombre bueno.  
— Buena sea tu venida:  
Cazador me pareceis  
En los sabuesos que traia.  
— Dígame tú, el ermitaño,  
Tú que haces santa vida,  
Ese ciervo del pié blanco  
¿Dónde hace su manida?  
— Quedaos aquí, mi hijo,  
Hasta que sea de dia,  
Contaros he lo que vi,  
Y todo lo que sabia.  
Por aquí pasó esta noche  
Dos horas antes del dia,  
Siete leones con él  
Y una leona parida.  
Siete condes deja muertos,  
Y mucha caballería.  
Siempre Dios te guarde, hijo.

Por do quier que fuer tu ida,  
Que quien acá te envió  
No te quería dar la vida.  
¡Ay dueña de Quintañones,  
Del mal fuego seas ardida,  
Que tanto buen caballero  
Por tí ha perdido la vida!—

(Cancionero de Romances.)

¶ Para prueba de lo poco que encarnó en España ese espíritu caballeresco feudal de las fábulas bretonas, basta observar que de ellas solo se tomaron los tres romances de esta sección.

352.

LANZAROTE DEL LAGO. — II.

(Anónimo 1.)

Nunca fuera caballero  
De damas tan bien servido,  
Como fuera Lanzarote  
Cuando de Bretaña vino,  
Que dueñas curaban dél,  
Doncellas del su rocino.  
Esa dueña Quintañona,  
Esa le escanciaba el vino,  
La linda reina Ginebra  
Se lo acostaba consigo;  
Y estando al mejor sabor,  
Que sueño no había dormido,  
La Reina toda turbada  
Un pleito ha conmovido.  
— Lanzarote, Lanzarote,  
Si ántes hubieras venido  
No hablara el orgulloso  
Las palabras que había dicho,  
Que á pesar de vos, señor,  
Se acostaría conmigo. —  
Ya se arma Lanzarote  
De gran pesar conmovido,  
Despidese de su amiga,  
Pregunta por el camino,  
Topó con el orgulloso  
Debajo de un verde pino,  
Combátense, de las lanzas,  
A las hachas han venido.  
Ya desmaya el orgulloso,  
Ya cae en tierra tendido,  
Cortárale la cabeza,  
Sin hacer ningún partido;

SECCION DE ROMANCES DE LAS CRÓNICAS CABALLERESCAS  
DE CARLOMAGNO Y LOS DOCE PARES DE FRANCIA.

## ROMANCE QUE TRATA DEL CONDE DIRLOS.

354.

EL CONDE DIRLOS.

(Anónimo 1.)

Estábase el conde Dirlos,  
Sobrino de Don Beltrane,  
Asentado en las sus tierras,  
Deleitándose en cazar,  
Cuando le vinieron cartas  
De Carlos el emperante.  
De las cartas placer hubo,  
De las palabras pesare,

Volvióse para su amiga  
Donde fué bien recibido.

(Cancionero de Romances.)

¶ Cervantes en su Quijote parodia los seis primeros versos diciendo:

Nunca fuera caballero  
De damas tan bien servido,  
Como lo fué Don Quijote  
Cuando de su aldea vino:  
Doncellas curaban dél,  
Y dueñas de su rocino.

(Quijote, parte 1.ª, cap. XIII.)

355.

TRISTAN DE LEONIS.

(Anónimo 1.)

Ferido está Don Tristan  
De una muy mala lanzada,  
Dierásele el Rey su tío  
Que celoso dél estaba.  
El fierro tiene en el cuerpo,  
De fuera le tembla el asta:  
Valo á ver la reina Iseo  
Por la su desdicha mala.  
Júntanse boca con boca  
Como palomillas mansas,  
Llora el uno, llora el otro,  
La cama bañan en agua;  
Allí nace un arboledo  
Que azucena se llamaba,  
Cualquier mujer que la come  
Luego se siente preñada:  
Comióla la reina Iseo  
Por la su desdicha mala.

(Cancionero de Romances.)

¶ En la triada que forman los libros caballerescos de Artus hay tres partes: la una religiosa y devota, que trata, en el Percebal, de la conquista del Santo Grial; la otra festiva y amena, que es la de Lanzarote, y la otra amorosa y sentimental, que es la de Tristan de Leonis. El romance, ó mejor diríamos fragmento, que aquí se inserta, es lo único que poseemos de Tristan, de aquel héroe tan célebre y famoso en los fastos caballerescos, y tan antiguo, que los cantos populares bretones, que lo celebran bajo el aspecto guerrero, precedieron mas de un siglo á los novelistas.

¶ Superstición de los siglos medios, acaso imitada de la de los antiguos que aseguraban existir una raza de yeguas que concebían con solo el viento.

Que lo que las cartas dicen  
A él le parece male.

¶ Rogar os quiero, sobrino,  
¶ El buen frances natural,  
¶ Llegueis vuestros caballeros,  
¶ Los que comen vuestro pane;  
¶ Darles heis doblado sueldo  
¶ Del que les soleds dare,  
¶ Dobles armas y caballos,  
¶ Que bien menester lo hane:  
¶ Darles heis el campo franco  
¶ De todo lo que ganaren;  
¶ Partiros heis á los reinos  
¶ Del rey moro Aljarde,  
¶ Deseximiento me ha dado  
¶ A mí y á los doce Pares:

¶ Grande mengua me sería  
¶ Si todos se hobiesen de andare.  
¶ No veo caballero en Francia  
¶ Que mejor pueda enviare,  
¶ Sino á vos, el conde Dirlos,  
¶ Esforzado en pelear.  
El Conde que esto oyó,  
Tomó tristeza y pesare,  
No por temor de los moros  
Ni miedo de pelear,  
Mas tiene mujer hermosa,  
Mochacha de poca edade.  
Tres años anduvo en armas  
Para con ella casare,  
Y el año no era cumplido,  
Della mándanlo apartare.  
De que esto él pensaba  
Tomó dello gran pesare;  
Triste estaba y pensativo,  
No cesa de sospirare:  
Despide los falconeros,  
Monteros manda pagare,  
Despide todos aquellos  
Con quien solia deleitarse;  
No burla con la Condesa  
Como solia burlare;  
Mas muy triste y pensativo  
Siempre le veian andare.  
La Condesa qu'esto vido,  
Llorando empezó de hablare:  
— ¡Triste estadés vos, el Conde!  
Triste, lleno de pesare  
De esta tan triste partida  
Para mí de tanto male!  
Partiros queréis, el Conde,  
A los reinos de Aljarde,  
Dejáisme en tierras ajenas  
Sola y sin quien me acompañe.  
¿Cuántos años, el buen Conde,  
Haceis cuenta de tardare?  
Yo volverme he á las tierras,  
A las tierras de mi padre;  
Vestirme he de un paño negro,  
Ese será mi llevar;  
Maldiré mi hermosura,  
Maldiré mi mocedade,  
Maldiré aquel triste día  
Que con vos quise casare.  
Mas si vos queredes, Conde,  
Yo con vos querria andare:  
Mas quiero perder la vida,  
Que sin vos della gozare.—  
El Conde desque esto oyera  
Empezóla de mirare;  
Con una voz amorosa  
Presto tal respuesta hace:  
— No lloredes vos, Condesa,  
De mi partida no hayais pesare;  
No quedais en tierra ajena,  
Sino en vuestra á vuestro mandare,  
Que ántes que de aquí me parta  
Todo vos lo quiero dare.  
Podeis vender cualquier villa,  
Y empeñar cualquier ciudade,  
Como principal heredera  
Que nada os pueden quitare.  
Quedareis encomendada  
A mi tío Don Beltrane  
Y á mi primo Gayferos,  
Señor de París la grande:  
Quedareis encomendada  
A Oliveros y á Roldane,  
Al Emperador, y á los doce  
Que á una mesa comen pane;  
Porque los reinos son léjos  
Del rey moro Aljarde;  
Que son cerca de la Casa Santa,  
Allende del nuestro mare.  
Siete años la Condesa,

Todos siete me esperade;  
Si á los ocho no viniere  
A los nueve vos casade;  
Sereis de veinte y siete años  
Que es la mejor edade:  
El que con vos casare, señora,  
Mis tierras tome en ajuare:  
Gozará mujer hermosa,  
Rica y de gran linaje.  
Bien es verdad, la Condesa,  
Que conmigo os querria llevar;  
Mas yo voy para batallas,  
Y no cierto para holgare.  
Caballero que va en armas  
De mujer no debe curare,  
Porque con el bien que os quiere  
La honra habria de olvidare.  
Mas aparejad, Condesa,  
Mandad vos aparejare,  
Ireis conmigo á las cortes,  
A París esa ciudade.  
Toquen, toquen mis trompetas,  
Manden luego cabalgare.—  
Ya se partía el buen Conde;  
La Condesa otro que tale:  
La vuelta van de París  
Apriesa no de vagare.  
Cuando son á una jornada  
De París esa ciudade,  
El Emperador que lo supo  
A recibir se los sale.  
Con él sale Oliveros,  
Con él sale Don Roldane,  
Con él Don Dardarin D'Ardefia,  
Y Urgel de la fuerza grande;  
Con él salia Guarinos,  
Almirante de la mare;  
Con él sale el esforzado  
Renaldos de Montalvane.  
Con él van todos los doce  
Que á una mesa comen pane,  
Sino el infante Gaiferos,  
Y el buen conde Don Beltrane,  
Que salieron tres jornadas  
Mas que todos adelante.  
No quiso el Emperador  
Que hubiesen de aposentare,  
Sino en sus reales palacios  
Posada les mandó dare.  
Luego empiezan su partida  
Apriesa y no de vagare.  
Dale diez mil caballeros  
De Francia mas principales,  
Y con otra mucha gente  
Gran ejército reale.  
El sueldo les paga junto  
Por siete años y mase.  
Ya, tomadas buenas armas,  
Caballos otro que tale,  
Enderezan su partida,  
Empiezan de cabalgare;  
Cuando el bueno conde Dirlos  
Ruega mucho al emperante  
Que él y todos los doce  
Se quisiesen ayuntare.  
Cuando todos fueron juntos  
En la gran sala reale,  
Entra el Conde y la Condesa,  
Mano por mano se vane:  
Cuando son en medio dellos  
El Conde empezó de hablare:  
— A vos lo digo, mi tío,  
El buen viejo Don Beltrane,  
Y á vos, infante Gayferos,  
Y á mi buen primo carnale,  
Y esto delante de todos  
Lo quiero mucho rogare,  
Y al muy alto Emperador,  
Que sepa es mi voluntad;